

DOS CARAS DEL EXILIO ESPAÑOL

YOLANDA BLASCO GIL
ARMANDO PAVÓN ROMERO



En 2019 se cumplen 80 años del exilio español en México. Numerosos españoles republicanos escapaban de la dictadura militar y de la persecución emprendida contra ellos. Entre los exiliados recordamos a los humanistas y científicos que contribuyeron a la formación intelectual de los mexicanos. En el terreno de la educación superior, México estaba construyendo importantes instituciones. La Universidad Nacional se había inaugurado en 1910 y muy pronto comenzaron a fundarse nuevas universidades en Michoacán, Sinaloa, San Luis Potosí, Guadalajara... En 1936 lo hacía el Instituto Politécnico Nacional; en 1939 el Instituto Nacional de Antropología e Historia y, en 1946, la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Semejante esfuerzo educativo dio lugar a incipientes comunidades científicas que, en el caso de algunas disciplinas, tenían un mayor pasado, como derecho, medicina, ingeniería, filosofía o historia. Junto a ellas, México contaba con una larga y sólida tradición en el

terreno de la literatura. Si nos centramos en la disciplina histórica, cultivada desde hacía siglos, se había hecho científica en el siglo XIX y había encontrado un espacio universitario en la Facultad de Filosofía y Letras, fundada en 1924.

Intelectuales mexicanos habían establecido contacto con su contraparte española desde hacía ya tiempo. Rafael Altamira había venido a México y otros países de Latinoamérica a impartir conferencias entre 1909 y 1910. Alfonso Reyes, del lado mexicano, se había exiliado en España desde 1914 y había trabado relación con numerosos intelectuales. El Fondo de Cultura Económica nació en 1934, después de los intentos fallidos de Daniel Cosío Villegas por promover entre editoriales españolas, Aguilar y Espasa Calpe, la publicación de obras de economía. De los historiadores es importante señalar el doctorado de Silvio Zavala en Madrid, bajo el magisterio de Altamira. Las relaciones entre intelectuales mexicanos y españoles también se dieron a favor de la República ya en plena Guerra Civil, cuando algunos mexicanos como Octavio Paz, José Mancisidor, Fernando Gamboa o Elena Garro acudieron al II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura. Sin contar con la activa participación de Siqueiros en maniobras militares.

En España también se habían vivido tiempos de renovación científica. Se crearon instituciones que ponían a los intelectuales y científicos españoles en contacto con las tendencias más avanzadas del momento. La Institución Libre de Enseñanza creada en el último cuarto del siglo XIX, la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) en 1907, así como la Residencia de Estudiantes y, su contraparte femenina, la Residencia de Señoritas, dan cuenta del gran esfuerzo por fomentar la investigación científica en la España del primer tercio del siglo XX. La pléyade de científicos formados en estas instituciones es larga. Baste citar a Rafael Altamira, Américo Castro, Pere Bosch Gimpera, Juan Comas, María Zambrano, Cándido Bolívar, Odón de Buen, Juan Negrín, Severo Ochoa, María de Maeztu, Margarita Comas... En la Residencia de Estudiantes, además de los científicos, están los artistas e intelectuales, García Lorca, Salvador Dalí, Luis Buñuel, Rafael Alberti... Entre los conferencistas que acudieron a la Residencia, Bergson, Ortega y Gasset, H. G. Wells, Paul Valéry, Valle Inclán...

Buena parte de estos profesores, intelectuales y científicos, simpatizaron y trabajaron

activamente para la República; tras el triunfo franquista, tuvieron que escapar y retomar sus carreras académicas. Muchos empezaron la diáspora en campos de concentración en Francia y siguieron periplos azarosos; a veces, guiados por contactos en el extranjero. Algunos profesores pasaron por Inglaterra; es el caso de Bosch Gimpera, gracias a sus contactos en Oxford; otros, como Comas, fueron a Suiza, donde habían hecho estudios previos; hubo algunos que fueron sorprendidos en misiones diplomáticas y comenzaron la emigración, como el penalista Mariano Ruíz-Funes. Distintos países —varios latinoamericanos— fueron tierra de paso o destinos finales. Aquellos profesores se trasladaban de un lugar a otro hasta encontrar residencia definitiva. En los primeros años mantenían la esperanza de retornar a la patria; convencidos de que el triunfo de los aliados conllevaría la caída de Franco. Algunos rápidamente o con el paso de los años tuvieron que reelaborar su nueva condición, se nacionalizaron mexicanos. Gaos desarrolló la idea del “transterrado”, una visión optimista, frente a vocablos que expresaban otras realidades como “desterrado” o “enterrado”. México se convirtió en tierra de asilo y pudo ofrecer no sólo espacios académicos para los profesores recién llegados, sino también interlocutores y discípulos dispuestos al diálogo y aprendizaje. Encontraron un país dónde retomar sus carreras universitarias.

Pese a la buena voluntad del Gobierno mexicano de Lázaro Cárdenas y de las instituciones educativas receptoras, la incorporación del profesorado español no fue fácil. Los de trayectorias académicas más largas encontraron acomodo con relativa facilidad —aunque no siempre—, otros colaboraron impartiendo docencia “por horas” y algunos tardaron años en alcanzar plazas de tiempo completo. Tuvaron que desempeñarse como profesores en distintas universidades o escuelas normales, como conferencistas o asesores del gobierno, también traductores y editores. Con la participación de México en la creación de la UNESCO, Torres Bodet fue nombrado presidente y con él estuvieron algunos exiliados, Bosch Gimpera y Comas. Ellos y otros más encontraron, en instituciones internacionales, espacios para denunciar al régimen franquista y luchar por la República. Tras mayores o menores peripecias, estos profesores retomaron sus carreras y su producción científica continuó desarrollándose.

Para España, el exilio universitario supuso una pérdida incuestionable de caudal científico. Sus cátedras quedaron vacantes después de los

procesos de depuración y la mayoría de quienes las ocuparon tenían escasa formación académica y accedieron por “méritos patrióticos” de adhesión al régimen. Los casos de tres historiadores exiliados, Rafael Altamira, Pere Bosch Gimpera y Wenceslao Roces, muestran esas dos caras.

Rafael Altamira, miembro de la Institución Libre de Enseñanza, viajó por América Latina en 1909-1910, doctorado honoris causa por la UNAM; catedrático en Oviedo y en el doctorado de Madrid de “Historia de las instituciones políticas y civiles de América”. En 1936 fue juez del Tribunal Permanente de Justicia Internacional en la Haya, donde le sorprendió la derrota republicana. Después de largo periplo llegó a México con más de ochenta años. En la UNAM sería profesor extraordinario y, después, de tiempo completo. Dirigió un seminario en El Colegio de México. En España, su cátedra, suprimida por la ley universitaria de 1943, fue abierta y otorgada a Alfonso García Gallo, vinculado al Opus Dei y figura prominente del franquismo en historia del derecho.

Wenceslao Roces, doctorado en derecho en 1920 y un año después becado por la JAE en Alemania, a su regreso, en 1923, opositó y ganó cátedra de derecho romano en Salamanca. Durante la dictadura de Primo de Rivera, apoyó a Unamuno y, junto con otros, fue procesado y separado de su cargo, no de manera definitiva. En 1931 se le concedió la excedencia voluntaria. Ese año y por un concurso de oposición entró en pleito con Francisco Pelsmaeker, nombrado catedrático en Sevilla. El pleito se resolvió en 1936 convocando a nuevo concurso y resultando vencedor Roces. El triunfo de Franco anuló todas las disposiciones aprobadas por la República, por lo que su nombramiento quedó sin efecto. Se exilió en México, donde realizó una destacada carrera y labor de traductor. La cátedra de Sevilla fue otorgada a su adversario Pelsmaeker, quien fue descrito, en un informe del rector, como “persona de derechas con actividades políticas, de buena conducta moral y religiosa”.

Pere Bosch Gimpera se doctoró en derecho, filosofía e historia entre 1910 y 1913. Fue becado por la JAE en Alemania, donde estudió arqueología y museología. Con 25 años de edad ganó la cátedra de Historia universal antigua y medieval en Barcelona en 1916. Su trayectoria académica fue reconocida a nivel nacional e internacional e ingresó a la política del lado republicano. Nombrado decano de la facultad de Letras en Barcelona, conseller de cultura de

Cataluña, rector de la universidad y conseller de justicia. Su diáspora comenzó en Oxford, pasó a Panamá, Colombia y, finalmente, México. Se incorporó al Colegio de México y, en 1941, a la UNAM. En esta universidad comenzó como profesor de varias materias y en 1948-1952 estuvo en la UNESCO, al lado de Torres Bodet. En 1953 recibió una plaza de tiempo completo como investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

La cátedra de Bosch Gimpera en Barcelona recayó, años más tarde, en un discípulo suyo, obligado a adaptarse al franquismo, Antonio Palomeque Torres. Pero en 1940 y ante la inmediatez del nuevo curso académico se convocó a un concurso de “traslado” para designar al catedrático de historia universal antigua y medieval de Barcelona. Los tres concursantes —Santiago Montero Díaz, Alberto del Castillo Yurrita y Julio Martínez Santa-Olalla— eran ya catedráticos y, por supuesto, adeptos al franquismo. El primero, delator de “los más distinguidos izquierdistas” —entre ellos a Ruiz-Funes—, reconocido falangista y fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS); el segundo presentó, como “méritos patrióticos”, testimonios de ser “persona de ideas de orden y de acendrados sentimientos religiosos”, de “ideas antimarxistas” dijo haber ayudado a numerosos discípulos a escapar de la zona republicana. El tercero, además de sus méritos académicos, se declaraba “camisa vieja” de Falange y ofrecía testimonios contrarios a la República. Tiempo después trabó relación con los arqueólogos nazis y recibió a Himmler cuando éste visitó España. Como arqueólogo desarrolló la teoría de la “arianización de España” por los celtas, ignorando la presencia íbera. Los tres eran ya catedráticos universitarios y buscaban el traslado a Barcelona. Fue nombrado Montero Díaz, no le hizo falta presentar méritos patrióticos ya que eran bien conocidos. Con lo expresado, podemos hacernos una idea del perfil que adquiriría la universidad española, el nacionalcatolicismo.

En México reconocemos el magisterio de los catedráticos del exilio español. Pero conocer la otra cara de la moneda, los profesores que ocuparon sus cátedras en España, nos permite valorar todavía más lo que significó la recepción de estos maestros en nuestro país y la pérdida científica que supuso para España. •

Armando Pavón Romero es investigador en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM.

Yolanda Blasco Gil es académica en la Universidad de Valencia.